

ÓSCAR MARTÍNEZ

Los migrantes
que no importan

Un proyecto de EL FARO

ÍNDICE

Prólogo a la nueva edición española	7
Prólogo a la tercera edición mexicana	II
En el camino	17
Aquí se viola, aquí se mata	43
La Bestia	65
Las esclavas invisibles	83
Los secuestros que no importan	105
Nosotros somos Los Zetas	125
Vivir entre coyotes	147
<i>You are not welcome to Tijuana</i>	163
Frontera de embudos	181
El narco manda	207
Jugar al gato y al ratón con la Patrulla Fronteriza ..	227
Un pueblo fantasma	247
Ciudad Juárez, ciudad prohibida	265
Morir en el río Bravo	283
Los coyotes domados	299
Migrar a Los Ángeles para ser indigente	323

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN ESPAÑOLA

LOS MIGRANTES, LOS INDOCUMENTADOS, los que entran sin permiso de nadie a países que los desprecian, son un signo poco leído de estos tiempos. Se dice que unos sufren en el camino. Se cuenta que algunos viajan como garrapatas adheridos a un tren en México. Se lee en la revista dominical de algún periódico que naufragó una patera. Sigue circulando la foto de un niño ahogado, escurriendo, vomitado por el mar. Pero la lección, la amarga lección que nos dejan todas estas estampas reunidas, todo este sufrimiento repartido por el mundo, constante, interminable, tema del presente, no se suele pronunciar. Los migrantes, en sus romerías mortales, nos dejan una lección en mayúsculas.

Digámosla: somos sociedades de mierda. Reformulemos: somos sociedades crueles. Sigamos: somos sociedades capaces de hacer que decenas de miles de personas envidien el cuidado que reciben nuestras mascotas.

Los flujos migratorios son señal de los tiempos. Cada viaje de cada conjunto de migrantes es una pieza. Ese flujo que recorre el mundo en todas direcciones buscando una mejor vida, o simplemente vida, habla del cuerpo que recorre. Y ese cuerpo es corrupto, es maligno, está enfermo.

En su mayoría, el contenido de este libro se investigó entre 2007 y 2010, como parte del proyecto «En el camino», de *El Faro.net*. Durante esos años, junto a fotógrafos y documentalistas, recorrí por tramos el camino de los más de 250.000 centroamericanos

que cruzaban —cruzan— México en busca de Estados Unidos. En aquel momento, decidimos no hacer un viaje continuo por una razón: los tiempos del hambre, el frío, el cansancio y los delincuentes de bagatela habían pasado. Los tiempos del crimen organizado y los migrantes como mercancía llegaron de la mano de grupos despiadados como Los Zetas, que sembraron —siembran— de cadáveres aquel hermoso país. Decidimos hacer un mapa de lo que consideramos los crímenes más masivos y brutales: secuestros por decenas, violaciones tumultuarias, rutas de trata que llevaban a mujeres migrantes a terminar violadas una y otra vez en burdeles pestilentes, tarifas de la mafia para quien quisiera acercarse a la frontera norte y empezar a arriesgarse en el desierto, en el río. Establecimos una ruta de la barbarie y la seguimos, punto por punto, recodo por recodo.

Este es un libro de no ficción. Su prosa narrativa tiene dos propósitos: intentar que el lector permanezca, sepa, e intentar mostrar en lugar de decir. Hacer algo más parecido a abrir una ventana tras la que ocurren cosas y no presentar un informe. Tras esta ventana no ocurren buenas cosas.

Desde que este libro se publicó en 2010, muchos lectores se han acercado y, en una especie de reclamo-reconocimiento, me han dicho que el libro los jodió. Algunos dijeron que no pudieron leerlo de un tirón, que tuvieron que parar. Si este libro incomoda a alguien, si lo llena de rabia, si le plantea dificultades para seguir sin hacer nada, el éxito estará logrado en ese lector. Recuerde, siempre recuerde, que decenas de miles no leen lo que este libro cuenta: lo viven. Lo están viviendo mientras usted lee.

Las condiciones de este camino del indocumentado han variado. Tras la publicación del libro nunca dejé de reportear en México, en la ruta migratoria, aunque con mucha menos frecuencia que en aquel entonces. El mapa criminal se modificó con la atomización de los cárteles, las rutas se diversificaron, los operativos migratorios volvieron a escena con mucha más fuerza. Sin em-

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN MEXICANA

EN ESTOS TIEMPOS FURIOSOS que vive México, es mejor ser directo, urgente. Estoy convencido de que lo que ahora ocurre, lo que ahora desespera, se ensayó cerca de las vías de un tren. Estoy convencido de que ese descarado asesino que se llevó a 43 estudiantes de Ayotzinapa se ensayó durante años en pequeños municipios, aldeas y ejidos con nombres anodinos como Las Chepas, El Sásabe, El Barí, El 20, Macuspana, Tenosique, Huixtla, Tierra Blanca, Medias Aguas...

México se viene pudriendo desde hace años. Se pudre desde sus esquinas más escondidas, desde sus rutas más polvorientas, donde el Estado decidió dejar de estar y dejar que otros estén en su calidad. Pero, como ocurre con un pedazo de carne, las esquinas terminan pudriendo el corazón.

Los niveles de tolerancia al sadismo y a la muerte impune se estiraron en las rutas del migrante indocumentado que cruza México. En esas mismas rutas, la diferencia entre policía y mafioso se diluyó como azúcar en agua.

A un migrante en Coatzacoalcos, Veracruz, los mismos policías municipales lo devolvieron a la casa de secuestro de Los Zetas de la que él había logrado escapar. En Ixtepec, Oaxaca, la policía municipal junto con la extinta policía judicial lideraron los secuestros y asaltos contra los indocumentados al menos hasta 2007. En Ciudad Hidalgo, Chiapas, en la ribera del río Suchiate, el primer asalto a mano armada —y bien armada— corría muchas veces a

cargo de los militares que custodiaban la frontera. Ahí mismo, en Ciudad Hidalgo, y en Tapachula también, la policía municipal alertaba de operativos a los burdeles de la zona de tolerancia conocida como Las Huacas, donde se prostituye a decenas de centroamericanas, muchas de ellas menores de edad. En Nuevo Laredo, Tamaulipas, los juntadores de migrantes que trabajaban con los coyotes aliados a Los Zetas se carcajeaban con los policías municipales enfrente de los migrantes. En Altar, Sonora, los policías municipales cobraban cuota a los juntadores que querían trabajar en la plaza recogiendo migrantes, frente a la iglesia; sin embargo, esos mismos policías no movían ni un dedo cuando «los mascaritas» llegaban hasta las camionetas a recoger la cuota: 500 pesos por migrante que quisiera avanzar hasta El Sásabe para empezar su viaje desértico hacia esa entelequia llamada sueño americano. En Tenosique, Tabasco; en Huixtla, Chiapas; en Sonoíta, Sonora; en Puerto Palomas, Chihuahua; en Arriaga, Chiapas; en Tierra Blanca, Veracruz, la historia era parecida: las autoridades locales y los grupos criminales formaban un engranaje de reloj suizo, una máquina de moler carne que solo funciona si todos los actores jalan su palanca: alcaldes, gobernadores, policías, agentes de Migración, sicarios, coyotes, secretarios, presidentes.

He de decir que siempre hay excepciones, diminutas piezas que detienen por momentos los engranajes de ese aparato de trituración. Yo encontré algunas de esas en este camino. A esos pedazos incómodos dedico este párrafo, tan pequeño como lo son ellos en comparación con la máquina.

Los gobiernos centroamericanos son despiadados con sus migrantes, han sido anuentes con las violaciones y los machetazos. Se callaron —o hablaron tan bajito que parecía que no decían nada. Las declaraciones de protesta por la crisis humanitaria de los migrantes en México nunca salieron de boca de un presidente, sino más bien de funcionarios de los que cuesta recordar el cargo. Pusieron en la balanza las remesas y la barbarie. Y pesaron más

EN EL CAMINO

AGOSTO DE 2009, ESTADO DE OAXACA

Hay quienes migran porque en Centroamérica la mitad de la población vive bajo la línea de la pobreza. Hay quienes migran para reencontrarse con sus familiares en el Norte. Pero hay también quienes, como los hermanos Alfaro, más que migrar, huyen. De repente, en su pequeño mundo en El Salvador empezaron a caer cadáveres. Cada vez más cerca. Luego, una amenaza. Este es el viaje de Auner, Pitbull y El Chele, unos migrantes que nunca anhelaron viajar a Estados Unidos.

Huyo porque tengo miedo de que me maten —dice Auner cabizbajo.

La primera vez que se lo pregunté me dijo que migraba porque quería probar suerte. Dijo aquella frase hecha acerca de que buscaba una mejor vida. Es normal. Cuando uno huye, desconfía, y entonces miente. Es ahora que estamos solos, apartados de sus hermanos que juegan cartas en un albergue para migrantes del sur de México, ahora a la par de las vías del tren con un cigarro en los labios, que él acepta que su verbo es huir, no migrar.

- ¿Volverías? —pregunto.
—No, nunca —sigue con los ojos clavados en la tierra.
—¿Renunciás a tu país?
—Sí.
—¿No volverías nunca?
—No... Bueno... Solo si tocan a mi mujer o a mi hija.
—Y entonces, ¿a qué volverías?
—A matarlos.
—¿A quiénes?
—No sé.

Huye de una muerte sin rostro. Allá atrás, en su mundo, solo queda un agujero repleto de miedo. Aquí y ahora solo queda huir. Escondarse y huir. Ya no es tiempo de reflexiones. De nada vale detenerse a pensar cómo él y sus hermanos tienen que ver con aquellos cadáveres. De nada serviría.

Salió de El Salvador hace dos meses y desde entonces camina con sigilo y guía con paciencia a sus hermanos. A los 20 años, dueño de su miedo, Auner no quiere dar un paso en falso. No quiere caer en manos de Migración, no quiere ser deportado, no quiere que le desanden su camino, porque eso significaría tener que volver a empezar. Como a él le gusta repetir: «Para atrás, solo para tomar impulso».

Auner se levanta silencioso y pensativo. Camina la vereda polvorienta que termina en el albergue de Ixtepec, en el estado de Oaxaca. Se une a El Chele y Pitbull, sus hermanos menores, y hacen rueda junto a los lavaderos a medio construir. Nos envuelve un calor húmedo que casi puede tocarse. Discuten cómo continuarán la huida. La pregunta es una: ¿seguir en el tren como polizones o ir en buses por los pueblos indígenas de la sierra con la esperanza de que no haya retenes policiales?

El viaje por la sierra los llevaría a atravesar lo verde y espeso de la selva oaxaqueña, a transitar lo irregular. Los llevaría a internarse en un camino poco conocido por los migrantes. Es una

ruta alterna utilizada sobre todo por coyotes, que llegó a oídos de Auner gracias a que Alejandro Solalinde, el sacerdote que fundó este albergue, entendió que no estaba de más dar una opción extra a los que huyen.

El viaje en tren los obligaría a encaramarse como garrapatas en el lomo del gusano metálico. Aferrarse en medio de la oscuridad a las parrillas circulares del techo y seguir así durante seis horas, hasta llegar a Medias Aguas, en Veracruz. Luego tendrían que tumbarse en el suelo, en las afueras de ese pueblo escondido a esperar que salga otro tren. Dormir con un ojo cerrado y el otro medio abierto a la espera de señales para echarse a correr. Porque Medias Aguas es base de Los Zetas.

Los Zetas, un grupo formado en 1999 por el narcotraficante Osiel Cárdenas Guillén, preso desde 2003 en Estados Unidos. El fundador del poderoso Cártel del Golfo creó Los Zetas con algunos militares de élite —algunos incluso pasaron por la Escuela de las Américas— que desertaron para formar este grupo que ahora se considera un cártel con independencia que desde 2007 agregó a sus actividades el secuestro masivo de indocumentados, por los que pide rescate a sus familiares. «El grupo de sicarios más peligroso y organizado de México», se les considera en un informe de la División Antinarcóticos de Estados Unidos divulgado en enero de 2009.

La respuesta a la pregunta que se hacen los hermanos Alfaro podría parecer lógica para cualquiera que no conozca las reglas de este camino. Sin embargo, el riesgo de la sierra tampoco es leve. De cada diez indocumentados centroamericanos, seis son asaltados por las mismas autoridades mexicanas. Esa sería una catástrofe para unos muchachos que atesoran los 50 dólares que su padre les envía desde Estados Unidos cada cuatro días. Los atesoran porque con ellos compran las tortillas y los frijoles que comen una vez al día cuando no están en un albergue y se sientan entre matorrales a recuperar aliento para seguir en esta huida.

AQUÍ SE VIOLA, AQUÍ SE MATA

MAYO DE 2009, ESTADO DE CHIAPAS

Si tuviera que ubicar cuál es el punto concreto de la ruta del migrante donde un centroamericano transita más desprotegido, donde pueden hacerle lo que quieran, donde sus gritos nadie los escucha, nombraría La Arrocera. Si me preguntaran por qué, diría que porque en un año en el camino supe de cientos de asaltos ocurridos ahí, de decenas de historias de golpizas, escuché testimonios de asesinatos y de mujeres violadas que gritaban en esos montes pero nadie escuchaba.

Las gotas de sudor le escurrían por la barbilla, y bajo sus manos y rodillas sentía el monte seco y la tierra caliente de aquel llano donde la tenían en posición, dispuesta para ser violada. Su camiseta se la había hecho jirones uno de esos hombres con olor a pasto y aspecto de agricultor que salieron de la breña con escopetas y machetes. Serena a pesar de estar de perrito, como ella dice, Paola sabía que aún le quedaban dos cartuchos: su ingenio y su talante.

Sin voltear a ver a quiénes merodeaban su retaguardia, Paola, un transexual guatemalteco de 23 años, escuchaba los sonidos de los cinturones y negociaciones entre los bandidos.

—Dale tú primero, pues. Después voy yo.

Paola interrumpió la plática y los dejó atónitos.

—Miren, hagan lo que quieran, pero por favor, pónganse condones. Ahí hay unos en mi mochila, la rojita. Se lo recomiendo, porque tengo sida.

—Es que yo pensé que eran machos y que solo a mujeres violaban —dijo, a pesar de que hace años se reconoce como mujer y de que si se le llama por su nombre de nacimiento ya hace mucho que no voltea la cabeza.

Hubo unos segundos de silencio. Paola cree que entre ellos se miraban desconcertados, pero no está segura, porque seguía ahí arrodillada, con el sol en la espalda, sin girarse. Digna a pesar de estar como estaba, con la cabeza levantada y los ojos perdidos en el horizonte.

—¡Levántate, pinche puto! ¡Váyanse a la verga todos ustedes!
—les dijeron a ella y al resto del grupo.

Paola no tiene sida. Lo que tiene, luego de cinco años de prostituirse en su país y en la capital mexicana, es la medida tomada a los hombres perversos. Lo que tiene es su ingenio y su talante.

Todos continuaron su camino hacia el Norte, ya sin un cinco en la bolsa, por veredas perdidas entre los montes.

—Es que yo ya venía preparada, como dicen que siempre le pasa eso a una cuando viene migrando —termina su relato Paola.

Estamos junto a un tren estacionado en Ixtepec, unos kilómetros al norte de donde supo zafarse de aquella incómoda situación. Alta y morena, ha echado mano de lo que le dejaron en su mochila rojita, se ha maquillado, y se ha puesto una blusa negra y escotada y un pantalón vaquero. Ha sobrevivido a La Arrocera.

Este es punto rojo para nosotros los migrantes, dicen unos. Este es el lugar más perro para pasar, dicen otros. Pero la mayoría, sin saber que con el nombre de unas pocas hectáreas resumen 262 kilómetros de camino, lo llaman simplemente La Arrocera. Apodan a toda esa espesura con el nombre de un pequeño asen-

tamiento, de unos 28 ranchos, que toma su nombre de la abandonada bodega de arroz que aún se destartala junto a la carretera.

Ahora Paola también sabe que siempre pasa algo, desde hace años, en ese lugar reducido a un nombre. Los 45 que llegaron con ella a Ixtepec fueron asaltados en ese tramo entre Tapachula, la primera gran ciudad cuando se entra a México desde Guatemala, y Arriaga, el punto donde se aborda el tren. Este es territorio de maleantes. Eso lo saben ella y muchos migrantes centroamericanos más. Muchas autoridades y muchos que lo supieron tarde, poco antes de morir entre esos matorrales.

Lo supo la mujer guatemalteca que, antes de morir asfixiada en la colonia El Relicario, en Huixtla, con la boca llena de pasto seco y con su propia blusa atorada dentro de su garganta, solo logró ver sobre ella al hombre que la agredía. Fue el 10 de noviembre de 2008. Ella era guatemalteca, eso dijeron las personas que aseguraron haberla conocido en Tapachula. A ella y también al hombre con el que andaba en El Relicario aquella noche, caminando sobre las vías en desuso que sirven de guía a miles de indocumentados. Él era un hombre con un escorpión tatuado en la mano. Ocurrió en El Relicario, entre casas de teja y paredes de bahareque derruidas e incrustadas entre crecidos pastizales.

Nadie conoce los detalles. Aquí, la policía rural no existía entonces, y ahora que existe son siete hombres del pueblo con garrotes que cuidan como pueden en sus ratos libres. Lo que se sabe es que aquella muerte no fue lenta. En la fotografía que se publicó en un pequeño diario de la zona, *El Orbe*, mezclada con la de otros dos muertos en media página, aparecía la muchacha con los ojos bien abiertos, puñados de zacate con tierra y hojas secas saliéndole de la boca, y la mitad de la cabeza que nace en la frente ya sin pelo, como si la hubieran arrastrado por el pavimento antes de meterla en la breña crecida entre los escombros, donde la encontraron. O como si le hubieran arrancado a tirones los mechones

LA BESTIA

MARZO DE 2009, ESTADOS DE OAXACA Y VERACRUZ

Viajar en tren como polizón es indignante. Allá arriba se te ocurren decenas de preguntas absurdas: ¿por qué vamos colgados del techo si los vagones viajan vacíos? ¿Por qué no puede ir más despacio? ¿Nadie nos va a proteger de ese asalto? ¿Qué terrible historia obligó a los que me rodean a montar sobre La Bestia? ¿Y por qué este viaje aterrador, nocturno y veloz termina por engancharte? Este es el camino por excelencia del centroamericano indocumentado. Este es su medio de transporte, estos sus asaltantes y estas, las vías donde las ruedas de acero han troceado piernas, brazos, torsos, cabezas. Migrantes.

El potente pitido suena profundo y prolongado en la oscuridad. La Bestia llega. Un toque. Dos toques. La llamada imperativa del viaje. Los que están dispuestos tienen que seguirla en este momento. Esta noche unas cien personas lo hacen. Se levantan de su sueño, se sacuden el cansancio acumulado, encajan en sus hombros las mochilas, cargan las botellas de agua y caminan otra vez hacia el inicio de un recorrido de muerte.

Las siluetas del grupo de los fuertes se distinguen entre las sombras que recorren las vías del tren. Son una treintena de contornos masculinos. Perfiles de guerreros. Desde sus manos, como extensiones del cuerpo, se dibujan troncos y varas de hierro de hasta dos metros. No están dispuestos a ceder en caso de que asaltantes del camino hagan su abordaje. Saben que entre ellos mismos, migrantes centroamericanos, pueden ir ya esos piratas de las vías, listos para atacar en la oscuridad selvática del recorrido entre Ixtepac y Medias Aguas, entre los estados de Oaxaca y Veracruz.

Parlamentan en las vías mientras la locomotora ordena en un solo carril los 28 vagones que están a punto de salir. La consigna es unánime: si es necesario, peharemos. La mayoría de los cajones de acero están alineados; sin embargo, aún hay algunos en otra de las líneas férreas. Es momento de incertidumbre. Las cien sombras giran la cabeza de lado a lado, como si intentaran leer los movimientos. Se apresuran a lo largo de la vía y luego vuelven. Es necesario tomar una decisión antes de que las máquinas jalen la carga y los polizones que van hacia el Norte tengan que abordarla en marcha.

Este será mi octavo viaje, pero acostumbrarse a este momento me ha resultado imposible. Es un vaivén de siluetas que corren y gritan; de fondo, el sonido metálico de La Bestia lo inunda todo, y no hay mucho tiempo para pensar. En el cerebro, una sensación entre el miedo y la emoción por algo nuevo. Solo sabes que no quieres perder el tren, que no te quieres equivocar de vagón y acabar en la línea de cajones que no se moverá. Solo piensas en ti mismo, en esa escalera que has elegido, en treparla, en que nadie se interponga.

En medio de las dos filas el grupo de 30 hombres elige su territorio: la línea de la izquierda. Uno tras otro suben por la escalera lateral y se posan en el techo del tren de mercancías. El vagón es suyo. Esos 20 metros serán su nido durante al menos seis horas de viaje. De sus parrillas se aferrarán durante todo el

MIGRAR A LOS ÁNGELES PARA SER INDIGENTE

Noviembre de 2015

¿Se imagina a un hombre que por las noches duerme en un parque enviando 100 dólares a su familia cada mes? ¿Cuando piensa en el sueño americano se le viene a la cabeza un hombre a la intemperie en un monte? Los Ángeles es la ciudad con más migrantes salvadoreños en el mundo, jornaleros muchos de ellos. Es también la ciudad con más indigentes en Estados Unidos. Muchas veces, las dos cosas no son distintas: jornalero e indigente.

Los jornaleros celebran hoy un cumpleaños en el Centro Laboral de Pasadena, California. Es 9 de junio de 2015, un día soleado, y más de dos decenas de jornaleros cantan alrededor de un pastel. «Sople si todavía puede, viejito», dice un migrante mexicano a Henry Mejía. El migrante nicaragüense de pelo cano sopla y algunos jornaleros empujan su cabeza y la entierran en el pastel. Ríen. Sacan platos de queso nicaragüense y de gallo pinto. Henry celebra sus 65 años de vida y sus 36 años de haber llegado como indocumentado a Estados Unidos. Celebrará un rato más, luego